

VI

ELENA MEDEL

LAS PIEZAS DEL PUZZLE

Me preguntan por qué escribo. ¿Se pregunta al carpintero por qué construye mesas, al jardinero por qué poda las flores, al pintor por qué carga con el caballete? Alguien contestará que necesitan ese trabajo para vivir; que trabajan para vivir. Salvando las distancias y el elemento material, yo me siento identificada con esa respuesta: necesito la poesía para vivir, escribo para vivir. En los momentos bajos evoco mis poemas preferidos, y en más de una ocasión –todas aún inéditas, eso sí– he recurrido a la escritura como desahogo. Sin embargo, no creo que la poesía deba ser autobiográfica, ni confesional, ni presentada como mera imitación de la vida, sin más. Y aquí me contradigo, porque la poesía también puede ser todo eso: una poesía cercana a los lectores, que remueva su sillón, que conecte con sus vidas. Esta dualidad es –creo– vigente en mi poesía, pues intento buscar el equilibrio entre el discurso lógico y la metáfora, entre la verdad que se dice y la que se camufla.

Otra cuestión incómoda: *¿qué es para ti la poesía?* Otra definición sencilla y rápida: *necesidad*.

Empecé a escribir por imitación. Aprendí a leer muy pequeña: en el parvulario, llegando de casa con el trabajo ya hecho, me aburría mientras los demás se entregaban a las cartillas de lectura. Yo jugaba y descubría libros con frases breves, escasas, y enormes ilustraciones. Poco después redactaba mis primeros relatos, inspirados –por utilizar un eufemismo– en aquellas lecturas mágicas. Solía apagar la televisión hacia la mitad de mi serie de dibujos preferida, y narrar por mi cuenta el final del capítulo; añadía mis propios dibujos –el estilo, torpe para personas, árboles y casas, pero audaz para los colores– y lo grapaba para regalarlo a mi familia. Con once o doce años, la poesía de Federico García Lorca –y, sobre todo, *Poeta en Nueva York*– me deslumbra y anima a esbozar mis primeros poemas, atormentados por el oscuro futuro del mundo y de mí misma. No he cambiado tanto.

Pasaba las tardes de mi adolescencia en compañía de los poemas de Lorca, Gimferrer, Cavafis... Y, sobre todo, escribía. Llenaba carpetas y carpetas con mis textos; durante esos años escribí la mayor parte de los poemas que después conformarían *Mi primer bikini*, un libro que recoge las percepciones de una adolescente,

más sobre los descubrimientos que sobre aquello que dejaba atrás. *Mi primer bikini* pretendía reflejar el mundo de quienes me rodeaban, el mío propio, y recogía historias vividas en primera y tercera persona del singular y del plural. Mis lecturas eran obvias: la Generación del 27, los Novísimos, Blanca Andreu entre los más recientes; poesía española en castellano, sobre todo. Me apetecía –me sigue apeteciendo– investigar, descubrir, continuar leyendo y aprendiendo de aquellos poetas admirados. He dicho que escribo por imitación. Y precisamente *Vacaciones* surgió por el gusto de reflexionar acerca de mi momento personal y lector de entonces, una época de –otra vez– descubrimientos: la independencia vital –mayoría de edad–, la cultura –literatura, cine, música, fotografía– francesa. Me guiaba, igual que ahora, la intuición.

Sin embargo, *Tara* nació con un objetivo claro: contra la opinión de Machado, no buscaba cantar lo que se había perdido, sino abordar los momentos siguientes a la muerte. *Tara* es un libro acerca de las reacciones, la añoranza, el intento por seguir adelante y no sucumbir también; en resumen, sobre lo que permanece. En él cambiaron las referencias –más traducciones, más poetas hispanoamericanas–, el registro –más grave, más doloroso– y la temática –mucho más personal, pero a la vez, cruzo los dedos, más universal–, pero nunca la intención: expresar, comunicar, compartir. También por eso escribo.

Tengo la sensación de escribir siempre un único texto –bendito Heidegger– que relata aquello que desconocemos –que descubrimos–, que tememos y que, una vez ocurre, se integra en nuestro día a día con normalidad. Otra vez: tensión entre vida y literatura. De nuevo: me contradigo.

En cuanto a mis referentes, diré que me gustan los poemas de Louis Aragon, John Ashbery, Elizabeth Bishop, Ana Cristina César, T. S. Eliot, Federico García Lorca, Luis de Góngora, Jorge Manrique, Katherine Mansfield, Alda Merini, Sharon Olds, Lois Pereiro, Alejandra Pizarnik, Sylvia Plath, Arthur Rimbaud, Anne Sexton, Xavier Villaurrutia y William Wordsworth, entre muchos otros. El orden es alfabético, y casi todos están muertos. También *La Biblia*, *Hijos de la ira* e *Himnos de Mercia*. Me considero una lectora omnívora y tolerante, rasgos que me parecen fundamentales y que –sin embargo– suelo echar de menos en bastantes coetáneos. Al leer a las jóvenes poetas en lengua gallega me siento muy cómoda, afín en ética y estética; el lugar de nacimiento y el idioma de escritura son, en mi caso, fruto de la casualidad. También me gustan –y quisiera pensar que me influyen– las fotografías de Sophie Calle, las películas de Quentin Tarantino, los videoclips filmados por

Spike Jonze y las letras de las canciones de Astrud y The Smiths. Me crié frente a la televisión y crecí manejando ordenadores: forman parte de mi entorno, por lo que resultaría hipócrita no incorporarlos a mis textos, igual que incorporo esos libros o esas canciones que me gustan.

¿Árbol genealógico? Recuerdo una frase de Txomin Badiola: “arreglárselas no sólo sin el padre, sino sin la posición que dejó vacante”. Es decir: aun desde la consciencia de escribir tras la obra de determinados autores, y bajo su influencia –doten a las preposiciones de la importancia que merecen–, apostar por la búsqueda de una voz diferente, nueva, sin ecos, que ocupe ese *espacio vacío*.

Cuando escribo lo hago desde la posición de una mujer. Y mis experiencias son las de una mujer; como tal escribo. Mis poemas serían otros de llamarme Javier o Pedro, pero también si yo hubiera nacido en cualquier otra época o país. En cierto modo, creo que mis circunstancias definen lo que escribo.

Me obsesiona la forma del poema, su estructura, su disposición gráfica –que conduce, irremediamente, a su clasificación: si está en verso es poesía, si está en prosa es narrativa–, en tanto que me interesa el diálogo entre los géneros, su mezcla y su disolución: escribir libros que sean libros, y no poemarios, ensayos o novelas. Adiós, pues, a las etiquetas, y sea bienvenida la pesadilla de librerías, bibliotecarios y filólogos. Por ejemplo: quisiera pensar que *Tara* admite una interpretación narrativa, que cuenta una historia, y que algunos de sus textos –“Barrio lejano”, “Pelecanus”– son al mismo tiempo poema y microrrelato, no sólo por su reflejo en el papel, sino también por su contenido y por la actitud con que el lector se enfrenta a ambos, fondo y forma. La dirección que tanteo actualmente es justo ésa: la de una literatura híbrida en su origen, desarrollo y resultado.

La poesía es, en cierto modo, una forma de memoria. Encierra cuanto hemos vivido, y cuanto han vivido los demás. Cada poeta reescribe sus textos antes de entregarlos al lector; cada lector, a su vez, los reescribe y reinterpreta al enfrentarse a ellos, utilizando su propia experiencia. Me pregunto, entonces, si sería aceptable volver a ignorar los géneros literarios canónicos, e incluir cierta poesía –y determinados libros de poemas, y a unos autores muy concretos– en las estanterías dedicadas a la historiografía.

He mencionado *La Biblia*, así que recurriré a la parábola para responder a una hipotética pregunta sobre cómo escribo. Un amigo arquitecto me contó cómo había

planteado la construcción de su primera casa: conversando, sobre todo, con quienes iban a vivir en ella, interesándose por sus costumbres, necesidades y deseos. Fascinada por la cercanía de una actividad que yo siempre había considerado profundamente intelectual, e incluso alejada de sus usuarios, y comparando este prejuicio con el que algunos tienen con la poesía, escribí este poema. Se titula “Arquitectura”:

Pregunto quién duerme a la izquierda y quién a la derecha, cuál es su rutina al despertar, cuál su comportamiento a la hora de la siesta. Lo anoto en un cuaderno, y durante unas semanas me acompaña a todas partes, incluso cuando salgo de noche, incluso si duermo en una cama que no es mía. Con sus respuestas pienso qué quieren, y qué necesitan. Juego a ser adivino y, al final, obtengo un esquema sobre el que trabajo.

Sucede así, también, con los poemas.

En mi cuaderno abundan notas sobre la ira, la envidia, el mal y la venganza; ideas por desarrollar, posibles títulos, citas, referencias bibliográficas... Pero también sobre una sensación muy diferente: la de habitar un espacio al que llamas *casa*, pero que no es más que un lugar de paso, ligado a tu presente, pero no a tu pasado ni a tu futuro, y en el que otros vivirán después de que te vayas, igual que tú lo has ocupado tras la marcha de otros. Aunque es pronto todavía, imagino que mis próximos poemas transitarán esos caminos.

Podría vivir sin escribir. No podría vivir sin leer.